

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

Política funesta ¿Cargándonos de... razón?

Basta pasar la vista por la prensa francesa para quedar convencido de que Francia es mi amiga de España en la cuestión marroquí.

Y como esto salta a la vista no comprendemos el empeño de ciertos políticos al mantener a nuestra nación sujeta al carro de la política internacional de quien tan mal nos trata.

Si no hubiera en la baraja de la referida política más cartas para España que la francesa, comprendemos que se dijera «a la fuerza abercan» y resignándonos pasaríamos por todas las despojos, vejaciones y atropellos; pero existiendo otras, no se comprende, repetimos, el por qué hemos de jugar, aunque con ella vayamos a un desastre.

Francia... Inglaterra...
Lo que Francia quiere... lo que Inglaterra desea...

Compromisos contraídos con la segunda... Tratados firmados con la primera.

Que esta no se disguste... que ella no se enoje...

La política internacional, sin saber a punto fijo a qué debemos ganga semejante.

Compromisos de partidos... impulsos... relaciones de familia... esto y más se dice, pero solo se pone en claro que no nos desprendemos de la Gran Bretaña, ni de la ambiciosa Francia, a pesar de cuanto nos perjudican en la cuestión de Marruecos.

Como no es posible que continúe semejante estado de cosas, urge que la opinión se pronuncie contra él, haciendo que los gobernantes sigan nuevas orientaciones, por ejemplo, aproximarnos al Imperio Germánico, con lo cual nada perderemos y ganaremos mucho. Nada perderemos porque aliada España a la caballerosa y fuerte Alemania, seremos respetados.

Y ganaremos mucho porque nadie osará, faltando a todo acuerdo y compromiso, desconocer nuestros derechos en el Imperio Marroquí.

Si en 1898 hubiéramos estado aliados con Alemania conservaríamos nuestras colonias; esas colonias de las cuales nuestras buenas amigas Francia e Inglaterra, nos dejaron despojar... ellas sabrán por qué.

Los franceses envían muchas tropas. Los españoles se guardan muy bien de mandar un solo soldado.

Francia acumula pertrechos.

España alardea de que no los adquiere y de que las fábricas del Estado no trabajan más que lo de ordinario.

De allende los Pirineos se trazan planes y se caparean a la faz del mundo.

Agüenden los Pirineos yo se dice esta boca es mía.

Los generales franceses capitanean maballas, forman columnas, echan puentes sobre ríos que están fuera de la zona de su influencia, dirigiéndose hacia Fez y Taza, intervienen en los asuntos interiores de Marruecos, reprimen los insultos y hasta agresiones de que los españoles son víctimas y campean como conquistadores por el Imperio Marroquí, autorizado por su Gobierno para todo lo anterior y según todos los indicios para mucho más.

Y cuando todo esto se sabe, cuando se toca el cúmulo de intrigas dirigidas contra los intereses españoles, y se siente el diluvio de golpes mortales que está descargando sobre el porvenir, el prestigio y la honra de España, dice muy tranquilo el señor Canalejas:

—Es preciso no moverse ni tomar iniciativa alguna, ni dar siquiera señales de vida, a fin de no contraer responsabilidades ante las grandes potencias, ni herir el amor propio de Francia. Es indispensable aguantar, tener paciencia y sufrimiento, para cargarnos de razón.

—Cuentan de un sujeto a quien otro había hecho blanco de sus iras:

—Pero fulano, le decía un amigo, ¿de qué te quejas?

—Así parece.

—¿Y tú qué hiciste?

—Obse prudentemente y no hice caso.

—Pero ¿algo le hiciste?

—Y yo, como persona bien educada, suporté las injurias.

—Y después te agredió...

—Y yo no perdí mi serenidad.

—Y te volvió a agredir...

—Y yo sin salir de la línea de conducta trazada.

—Y te sigue agrediendo cada vez que te encuentra...

—Y yo continué cargándome de razón...

—Lo que te están cargando es de palos, y bien merecidos los tienes.

KARO.

UN APÓLOGO

A CANALEJAS

Meneaba cierto día una botella un muchacho, y la botella decía:

—¡estate quieto borracho!

mira que cuando me enojo de todo soy muy capaz,

mira que te salto un ojo si no me dejas en paz.

Foco esta amenaza vale

a la paciente botella que el chico, date, que, date, sigue jugando con ella.

—Te ves la nariz en el vaso que tú impertinencia a la vez exclamó de nuevo el frasco, bufando, ya de coraje.

Y viendo que aquel atún se batió de su atapecho, fureta y el corcho, cuando le salta el ojo derecho.

NADIE AL PACÍFICO TIENDE QUE, AL FIN ESTALLA SU ENOJO, Y SE QUEDA EL INSOLENTE CUANDO MENOS SIN UN BJO.

Es un abuso lo que hacen con el público con los canchales.

Mucha distancia el país de las nubes, y poco arreglarlo.

En Alcalde, trozo como hecho, trozo arreglado. Es de mirar por sus ciudadanos.

Pro Peral

Atentamente invitados por el señor Alcalde, tuvimos el honor de asistir a la recepción que hizo Cartagena de los venerandos restos de uno de sus más preclaros hijos, honra y gloria de la nación española.

La manifestación, detallada ya en otros artículos, fue eminentemente expresiva y respetuosa, que corresponde a esta culta ciudad.

Como es lógico, algunas de las cenizas del hombre ilustre, del sabio, del gran patriota que antes que enriquecerse y honrarse por el extranjero prefirió vivir pobre, abatido y hasta calificado de iluso, mereciendo por ello el reconocimiento de gratitud de todo buen español y de todo buen cartagenero.

Estos hechos debe estar también nuestro querido amigo don Manuel Dorda y Mesa, por que al conseguir tras tenaz y adversa campaña, adquirir para nuestra patria chica y recibir dignamente tan preciadas reliquias, se ha hecho acreedor al agradecimiento de esta hidalga ciudad y ha demostrado que no todos los que se precian de cartageneros dan honor y gloria a su bendita tierra, sino únicamente los que demuestran con obras desinteresadas su amor y abnegación. Reciba por tanto nuestra más cordial enhorabuena.

D. CANO

D. Apolinario: Por la libertad de los transeúntes y por Cartagena, novena ciudad de España, le invitamos a dar un paseito a las doce de la noche, por la calle de la Morería Baja, desedndole que si lo efectúa, salga sano y salvo.

Y luego dicen que no queremos a nuestro alcalde!

Más que él a nosotros.

Estudios Sociales

EL PERIÓDICO

Es el amigo de todos, lleva y trae noticias de uno y otro continente; recorre con frecuencia largas distancias, traspasa montes y atraviesa desiertos para venir cada día a visitarnos.

Otras veces no oculta su molestia para informarnos; vive en nuestra propia ciudad y entonces viene a contarnos todo lo más saliente que ha ocurrido en la población en el día anterior. Los espectáculos de diversión y la función religiosa; los escándalos de la vida pública y ciertas intimidades de familia; los que entran en la ciudad y los que se van; los que cambian el domicilio y los que lo adoran ó reparan.

En mis ratos de ocio, como en mis ratos de trabajo, repasando sus columnas, sin necesidad de tomar el bastón y el sombrero para salir, pase revista a la ciudad y a sus cuatro barrios, hablo con el Alcalde A. y con el Concejal O. y con el diputado S. me asomo en instante no más al Senado y al Congreso, entro en una planta en los establecimientos, pregunto por algunos artículos y ya estoy de vuelta en mi casa.

Es un amigo que todo me lo cuenta y me lo viene diciendo a las horas fijas, y yo lo estoy esperando, a veces con impaciencia, siempre, por lo menos, es recibido con amor. A él nunca se le puede esperar; llama y a seguida se le abre, entra é incontinenti prorrumpo a hablar. Muchos días al despertar y al ir a la cama me encuentro mi frente con el signo del cristiano, y a mi pensamiento en recuerdo: ¿Qué noticias traerá hoy el periódico? ¿Qué dirá? Me levanto, me visto y allí está mi periódico como profesor sentado en cátedra leyéndome la lección que he de repetir muchas veces en aquel día.

¿No es una vergüenza el confesarlo? En realidad no tengo otro maestro que el periódico; yo no pienso, yo no discuro, es el periódico quien me trae la lección muy bien decorada, yo la escucho y escuchándola la aprendo. Un libro es demasiado voluminoso para que entre en mi cabeza; discurre más sereno, es verdad, pero no tiene amenidad; el libro trata cuestiones serias y el público no dedica a estas cuestiones más que el tiempo imprescindible para cumplir su profesión. Después del trabajo indispensable para llenar nuestras obligaciones, viene el rato de solaz y tomamos un periódico.

Ello es cierto también, en ocasiones el periódico resulta un falso amigo, nos engaña sin intención, tal vez otras